

JUVENTUD

JOSEPH CONRAD

JUVENTUD

Prólogo de Arturo Pérez-Reverte

Ilustración de cubierta de

Augusto Ferrer-Dalmau

Traducción de Amado Diéguez



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Youth*

Diseño de la sobrecubierta: 

Primera edición: marzo de 2024

© del prólogo: Arturo Pérez-Reverte, 2024
© de la ilustración: Augusto Ferrer-Dalmau, 2024
© de la traducción: Amado Diéguez, 2008
© de la presente edición: Edhasa, 2024
© de los retratos de Conrad: José Vicuña, 2024
Coedición especial entre Zenda y Edhasa (Zenda-Edhasa)

Diputación, 262, 2.º1.ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

www.zendalibros.com

marketing@zendalibros.com

www.edhasa.es



Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-5579-6

Impreso en Barcelona por: CPI Black Print

Depósito legal: B 5825-2024

Impreso en España

UN HERMANO DE LA COSTA

ARTURO PÉREZ-REVERTE

En una hoy lejana juventud, cuando comencé a caminar por el mundo con una mochila cargada de libros mientras buscaba ganarme la vida en territorio comanche, hubo amigos que me dieron, además de su lealtad incondicional, ciertas claves para emprender el camino y comprender, o asumir, lo que paso a paso iba encontrándome en él mientras recorría las cuatro esquinas del caos y las catástrofes, del corazón humano y las reglas implacables del mundo y de la vida. Eran amigos fáciles de transportar, no hacían preguntas y estaban siempre dispuestos a responder las mías.

Esos amigos que tanto acompañaron aquellos primeros pasos durante los primeros años de esa clase de vida, y que tanto influyeron en ella, se llamaban Homero, Virgilio, Plutarco, Dumas, Stendhal, Thomas Mann, Stevenson, London, Scott Fitzgerald, Joseph Conrad... Sus historias y personajes compusieron un todo para aquel lector, para el joven cazador formado en los libros, los tebeos y el cine, que entonces empezaba a explorar sin intermediarios la geografía de un paisaje hostil, asom-

broso y apasionante. Que juntaba una a una, fascinado y horrorizado al mismo tiempo, las piezas del rompecabezas complejo, la geometría peligrosa que envuelve al ser humano, sus ángulos de sombra, sus ásperas incertidumbres y sus trágicas certezas.

Gracias a las lecturas de todos esos amigos y alguno más, y a su confrontación con el mundo real, que podía reconocer e interpretar, comprendí de forma temprana que los héroes generosos y valientes, los personajes de hermosa dama y corcel blanco que habían poblado los cuentos y el cine de mi infancia, constituían una percepción equivocada de la vida, que, como un topógrafo impasible, se iba encargando de trazar un mapa mucho más real del territorio por donde ellos se habían movido y por donde yo me movía ahora. Así se fue completando el mundo real, la aventura sin red de protección, la guerra como explicación del mundo, la pintura de batallas que desdibujaba, en vez de afinar, las tranquilizadoras certezas de los héroes de mi juventud. Pero nadie vive ni lee sin daños colaterales: a medida que la inocencia del muchacho lector y viajero se transformaba en la lucidez adulta que otorgan la carne, el diablo, los libros y los cielos sin dioses, algunos viejos amigos de lecturas juveniles dejaron de acompañarme. No por deslealtad por mi parte ni por la suya, sino porque cada vez me adentraba más en lugares de soledad, al otro lado de la que ya era mi propia línea de sombra. Y con el paso del tiempo, mientras iban quedando atrás como viejos camaradas que te dieron cuanto podían antes de que les dirigieras un saludo agradecido y siguieras adelante, tan sólo uno de ellos se mantuvo fiel,

sin soltar mi mano y aferrado a mi corazón y mi cabeza.

Ese compañero, ese amigo, fue y sigue siendo Joseph Conrad. Quizá por eso es el único del que tengo una fotografía enmarcada en mi biblioteca de trabajo, pues no me abandona y envejece conmigo, como si se tratase de un relato inverso de Oscar Wilde. Joseph Conrad, el polaco que primero habló francés y luego se convirtió en uno de los más grandes escritores en lengua inglesa, es además quien página a página me susurró desde muy pronto lo fundamental: que vivimos como soñamos, solos. Él fue quien sin saberlo anticipó los anhelos de aquel muchacho que, a partir de una biblioteca, por fin cruzó al otro lado del mar para librar sus propias batallas; y en cierta ocasión Conrad lo hizo con estas palabras: «Recuerdo mi juventud y la sensación, que nunca volverá, de que podría durar para siempre, sobrevivir al mar, a la tierra y a los hombres...». Y también fue Conrad quien escribió, como si realmente conociera las tinieblas del corazón de aquel joven que un día miraría en torno, fatigado: «Toda pasión se ha perdido ahora. El mundo es mediocre, débil, sin fuerza. Y la locura y la desesperación son una fuerza. Por eso la fuerza es un crimen a los ojos de los necios, los débiles y los tontos...». Por todo eso y por muchas cosas, libros, vida, magisterio, felicidad lectora, Joseph Conrad se ha ido convirtiendo para mí, con los años, en ese amigo leal que nunca deja de estar a tu lado en un temporal o un combate. En un viejo, respetado, querido «hermano de la costa».

A propósito de eso, recuerdo una conversación con Javier Marías en uno de aquellos jueves en los que sa-

líamos de la Real Academia dando un largo paseo antes de cenar juntos en el restaurante Lucio. Javier fumaba sus eternos cigarrillos mientras caminábamos por las calles del Madrid viejo, a veces en silencio como un par de duros copartícipes conradianos, otras charlando de nuestras cosas: del cine y las mujeres, de los libros y tebeos que amamos en nuestra infancia, de los amigos y la juventud, de los fantasmas entrañables del pasado como ahora lo es para mí el propio Javier. El caso es que una noche en particular hablamos de Conrad, señalando que nos parecía inagotable, más grande a cada relectura; y eso nos parecía curioso, al reconocer ambos que en la obra extraordinaria del marino polaco venían a converger, desde lugares casi opuestos, su admiración y la mía, con formas tan diferentes de contar y contarnos. Recuerdo que la conversación se prolongó durante toda la cena: Javier señalando la complejidad del idioma inglés de ese autor, y por eso mismo el placer que le supuso el reto de traducir *El espejo del mar*; y yo tratando de mostrar, con movimientos de las manos, la posición de uno de los barcos conradianos de nuestra juventud lectora, recurriendo a cuanto sé de maniobras a vela y viradas por avance para aclarar a Javier la importancia del sombrero blanco flotando en el agua de *El copartícipe secreto*. También me acuerdo de que hablamos sobre *Nostromo*, que ya no nos parecía tan ágil leída por tercera o cuarta vez; y de que *Juventud* es el relato que yo releo con más frecuencia cuando salgo al mar, disfrutándolo como si fuera un viejo ritual marino. Todavía en el restaurante, sin dejar el asunto, comentamos que para ambos *Lord Jim* seguía siendo la más clásica y ca-

racterística de las novelas de Conrad, y acabamos desmenuzando *La flecha de oro*, esa historia de amor y juventud a cuya protagonista, la bella y enigmática doña Rita, tanto deben algunas de las mujeres de mis novelas y de mi vida. Todavía seguimos conversando sobre otras novelas de Conrad —*Victoria*, *El rescate*, *El final de la cuerda*— durante el último paseo hasta la Plaza Mayor y las cercanías de su casa; y luego nos despedimos como siempre, como cada jueves, sin sospechar el incierto e implacable orden de las cosas. Hoy todavía lo recuerdo así, encendiendo solitario el último cigarrillo mientras yo me alejaba, con el punto rojo de la brasa avivado en mitad de la noche, desdibujado su rostro al otro lado de la línea de costa.

Arturo Pérez Reverte

JUVENTUD
UN RELATO

«... y el enano respondió:
“No, algo humano que me es más querido
que todas las riquezas del mundo”».

Cuentos de los hermanos Grimm.
Epígrafe a la edición de 1902 de
Juventud: un relato y otros dos cuentos

NOTA DEL AUTOR

Los tres relatos¹ de este volumen no pretenden tener ninguna unidad de propósito desde un punto de vista artístico. El único vínculo entre ellos es el de la época en que fueron escritos. Pertenecen al período inmediatamente posterior a la publicación de *El negro del «Narcissus»* y precedente a la primera concepción de Nostromo, dos novelas que, a mi parecer, se distinguen claramente del resto de mi obra. Es también la época en la que colaboré con la «Maga»,² período dominado por *Lord Jim* y asociado en mi agradecida memoria al aliento y la bien dispuesta amabilidad del difunto William Blackwood.

1. Si bien Conrad solía iniciar sus novelas con un prólogo, no fue así en el caso que nos ocupa: *Juventud*. Sin embargo, éste es el texto que escribió para la primera edición en que se reunieron tres de sus obras con Marlow de protagonista —*Juventud*, *El corazón de la tinieblas* y *El final de la cuesta* (publicados conjuntamente por Oxford en 1995 sobre la edición original de 1947)—; por su interés y clarividencia, hemos decidido incluirlo en esta edición especial. (*N. del E.*)

2. «Maga»: *Blackwood's Magazine*, en la que Conrad publicó sus obras del período: aproximadamente, desde noviembre de 1897 hasta finales de 1902. El director de la revista era William Blackwood, a quien menciona a continuación. (*N. del E.*)

Juventud no fue mi primera contribución a la «Maga», fue la segunda, pero ese relato supone la aparición en el mundo de Marlow, con quien he acabado por trabar relaciones cada vez más íntimas con el paso de los años. Los orígenes de ese caballero (que yo sepa, a nadie se le ha ocurrido insinuar que fuera otra cosa)...; sus orígenes, digo, han dado pie a ciertas especulaciones literarias de naturaleza, me alegra poder decirlo, sin duda amistosa.

Cabría pensar que soy la persona más indicada para arrojar cierta luz sobre este asunto, pero lo cierto es que no me resulta nada fácil. Me complace recordar que nadie ha cargado contra ese hombre, Marlow, con ánimo fraudulento, que nadie lo ha considerado un charlatán; esto aparte de que muchos han supuesto que es toda clase de cosas: una astuta máscara, una mera invención, un «personificador», un espíritu familiar, un *daemon* susurrante. De mí mismo han llegado a sospechar que había trazado un cuidadoso plan para su captura.

Pero no es así. No he elaborado ningún plan. Ese hombre, Marlow, y yo hemos llegado a estar muy unidos, pero esto ha sucedido de manera fortuita, como ocurre con esas relaciones de balneario que a veces maduran en su amistad. Nuestra relación ha madurado. Pese a su rotundidad en algunas cuestiones opinables, no es un entrometido. Entretiene mis horas de soledad cuando, en silencio, él y yo nos devanamos los sesos con gran confort y armonía. Luego, en el momento en que, al final de un relato, nos separamos, nunca estoy seguro de si habrá sido la última vez. Y, sin embargo, no creo que a ninguno de los dos nos importe gran cosa sobrevivir

al otro. En su caso, desde luego, supondría poner fin a su ocupación y sufriría por ello, porque sospecho que lo alienta cierta vanidad. Y no me refiero a esa vanidad propia del rey Salomón. De entre toda mi gente, él es el único que no ha irritado mi espíritu nunca. Es un hombre tan discreto, tan comprensivo...

Incluso antes de aparecer en forma de libro, *Juventud* tuvo muy buena acogida. Me corresponde confesar por fin, y este lugar es tan bueno como cualquier otro, que toda mi vida —mis dos vidas—³ he sido un hijo adoptivo, y malcriado, de Gran Bretaña e incluso del Imperio, porque fue Australia quien me concedió mi primer mando. Lo declaro aquí, con tan repentina rotundidad, no por una vaga inclinación a la megalomanía, sino, muy al contrario, en tanto que hombre que no se hace muchas ilusiones respecto de sí mismo. Respondo así a los instintos de la humildad y la vanagloria, comunes al conjunto de la humanidad. Porque casi no puede negarse que no es de sus propios merecimientos de lo que los hombres suelen estar más orgullosos, sino de su suerte prodigiosa, de su asombrosa fortuna; de esa parte de sus vidas por la cual hay que dar gracias y ofrecer sacrificios en los altares de los dioses inescrutables.

El corazón de las tinieblas también recibió elogios. Respecto de sus orígenes, puede decirse lo siguiente: es bien sabido que los hombres curiosos van a rezar a toda clase de lugares (donde nada se les ha perdido) y salen de ellos con todo tipo de botines. Esta historia, y otra

3. «Mis dos vidas»: la primera, de marino mercante; la segunda, de escritor. (N. del E.)

que no se halla en este volumen,⁴ son el botín que me traje del centro de África, donde, lo digo en serio, nada se me ha perdido. Más ambiciosa en su propósito y más larga en su desarrollo, *El corazón de las tinieblas* es, en lo fundamental, tan auténtica como *Juventud*. Está, evidentemente, escrita en otro tono, un tono que, por cierto, no pienso etiquetar, pero cualquiera puede darse cuenta de que en modo alguno es el tono de la melancolía amable, de la ternura nostálgica.

Pero he de añadir algo más. *Juventud* es una hazaña de la memoria. Es un registro de la experiencia; pero esa experiencia, en sus hechos, en su intimidad y en el colorido de los elementos que la arrojan empieza y termina en mí. El corazón de las tinieblas también es experiencia, pero es experiencia un poco forzada (sólo un poco) más allá de los hechos del caso en aras del objetivo perfectamente legítimo, creo, de que llegue a la cabeza y al corazón de los lectores. No era cuestión de sinceridad, sino de un arte completamente distinto. Su sombrío tema requería una resonancia siniestra, una tonalidad propia, una vibración continua que, eso espero, quede colgando en la atmósfera y habitando en el oído después de que haya sonado su última nota.

JOSEPH CONRAD, 1917

4. *Una avanzada del progreso*, publicada por primera vez en *Cosmopolis* (junio-julio de 1897) y, posteriormente, en *Tales of Unrest* (1898). (N. del E.)

No podría haber ocurrido más que en Inglaterra, donde, por así decirlo, los hombres y el mar se interpenetran: el mar entra en la vida de la mayoría de los hombres y los hombres saben algo o lo saben todo del mar, bien porque se lo toman como una diversión, bien porque han viajado, bien porque en el mar se ganan el pan.

Nos encontrábamos sentados a una mesa de caoba. Teníamos apoyados los codos, y en la superficie se reflejaban la botella, las copas de clarete y nuestras caras. Estábamos un director de empresa, un contable, un abogado, Marlow y yo mismo. El director había sido uno de los chicos del *Conway*, el contable había estado embarcado durante cuatro años, el abogado —un estupendo y curtido *tory*, miembro de la Iglesia alta,¹ el mejor de los viejos camaradas, el espíritu mismo del honor— había sido primer oficial de la P & O,² en aquella época

1. Rama de la Iglesia anglicana que hace hincapié en el origen apostólico y divino de la Iglesia. (*N. del T.*)

2. Forma familiar de la Peninsular & Oriental Steam Navigation Company, fundada por los armadores londinenses en 1834. (*N. del E.*)

tan magnífica en que los barcos correo llevaban aparejo de cuchillo por lo menos en dos de sus palos y solían recorrer el mar de la China por delante de un buen monzón con alas y rastreras. La vida de todos empezó en la flota mercante. Nos unía el sólido vínculo del mar y también la camaradería del oficio, que ni el mayor entusiasmo por los yates o los cruceros pueden forjar, puesto que éstos no son más que la diversión de la vida y aquél, la vida misma.

Marlow (es así, al menos, como creo que se escribía su nombre) nos relató la historia, o más bien la crónica, de un viaje:

—Sí, conozco un poco los mares de Oriente, pero la que mejor recuerdo es mi primera travesía. Como ya saben, caballeros, parece que hay viajes que tienen por razón de ser la ilustración de la vida, y podrían tomarse como un símbolo de la existencia. Luchamos, trabajamos, sudamos, casi nos matamos, a veces en efecto nos matamos, intentando lograr algo... que no logramos. Y no por nuestra culpa, sino, sencillamente, porque nada puede hacerse, ni mucho ni poco; nada en absoluto, ni casarse con una vieja solterona ni conseguir que un maldito cargamento de seiscientas toneladas de carbón llegue a su puerto de destino.

»Lo que ocurrió fue memorable de todo punto. Era mi primer viaje a Oriente y mi primera travesía como segundo oficial; además, era el primer barco que mandaba el patrón. Estarán de acuerdo en que ya era hora. Pasaba de los sesenta; era bajo, de anchas espaldas, pero no muy erguido, con los hombros echados hacia delante y una pierna más arqueada que la otra. Sufría ese ex-

traño encorvamiento que tantas veces se observa en los hombres que trabajan en el campo. Tenía cara de cascanees (es decir, la barbilla y la nariz trataban de juntarse sobre la boca hundida), enmarcada por una barba fina, rala y gris como el hierro, que parecía una hebra de algodón espolvoreada de carbonilla. Y en esa cara de viejo, los ojos: azules, iguales a los de un niño (lo cual resultaba asombroso), con esa expresión inocente que algunos hombres corrientes conservan al final de sus días por ese raro e íntimo don que es la sencillez de corazón y la rectitud de espíritu. Qué lo indujo a aceptarme es un misterio. Yo venía de un espléndido clíper australiano del que había sido tercer oficial, y él parecía tener ciertos prejuicios contra los clípers de primera, a los que consideraba aristocráticos y de altos vuelos. Me dijo:

»—¿Sabe? En este barco va a tener que trabajar.

»Yo le respondí que había tenido que trabajar en todos los barcos en los que había estado.

»—Ah, pero éste es distinto, y ustedes, los caballeros de los grandes barcos... Pero ¡basta! Me atrevo a suponer que lo hará. Preséntese aquí mañana.

»Me enrolé al día siguiente. De eso hace veintidós años, y yo no tenía más que veinte. ¡Cómo pasa el tiempo! Fue uno de los días más felices de mi vida. ¡Imagínense! Segundo oficial por primera vez, ¡un cargo de verdadera responsabilidad! Ni por una fortuna habría cedido yo mi empleo. El primer oficial me observaba con detenimiento. Era mayor también, pero de otro talante. Tenía nariz romana, barba larga y blanca como la nieve, y se llamaba Mahon, aunque insistía en que se

pronunciaba como Mann. Estaba bien relacionado, pero era un tipo sin suerte y no había hecho gran cosa.

»En cuanto al patrón, había pasado cuatro años en barcos de cabotaje, luego había navegado por el Mediterráneo y, por fin, había comerciado en las Antillas. Nunca había doblado los cabos. Apenas sabía escribir, así que ni se preocupaba. Por supuesto, los dos eran buenos marinos y, entre dos viejos amigos como ellos, yo me sentía como un niño entre sus abuelos.

»El barco también era viejo. Se llamaba *Judea*. Curioso nombre, ¿verdad? Perteneía a un hombre llamado Wilmer, Wilcox..., algo así, pero el hombre llevaba veinte años muerto o en bancarrota, así que su nombre poco importa. El *Judea* había pasado un tiempo fondeado en la dársena de Shadwell. Ya imaginarán en qué estado se encontraba. Estaba enmohecido, cubierto de polvo y de mugre, con las jarcias llenas de hollín y la cubierta, tierra. Para mí fue como salir de un palacio para entrar en una choza. Desplazaba unas cuatrocientas toneladas, tenía un cabrestante primitivo, pasadores de madera en las puertas, ni un pedazo de metal en ninguna parte y una popa enorme y cuadrada. Por debajo del nombre, que estaba escrito en letras muy grandes, la popa tenía muchas volutas doradas, aunque estaban descoloridas, y una especie de escudo de armas con el lema: “Hacer o morir”. Recuerdo cuánto me gustó. Tenía algo romántico, algo que me enamoró enseguida, algo que apelaba a mi juventud.

»Zarpamos en lastre (un lastre de arena) para recoger un cargamento de carbón en un puerto del norte y luego dirigirnos a Bangkok. ¡A Bangkok! Yo estaba emo-

cionado. Llevaba seis años embarcado, pero sólo había visto Sidney y Melbourne, grandes ciudades y, a su modo, llenas de encanto..., pero Bangkok...

»Maniobramos en el Támesis a vela, con un piloto del mar del Norte. Se llamaba Jermyn y se pasaba el día yendo a la galera para secar el pañuelo en la estufa. Daba la impresión de que no dormía nunca. Era un triste, y de la punta de la nariz le colgaba una lágrima perpetua. O había tenido problemas o tenía problemas o esperaba tener problemas; si algo no iba mal, no estaba contento. Desconfiaba de mi juventud, de mi buen juicio y de mi oficio, y se esforzó por demostrármelo de cien formas distintas. Me atrevería a decir que tenía razón. Pienso ahora que por aquel entonces yo sabía muy poco y que ahora no sé mucho más, pero lo cierto es que aún hoy sigo recordando a ese Jermyn con odio.

»Al cabo de una semana de navegación llegamos a Yarmouth Roads, y luego nos azotó un temporal, el famoso temporal de octubre de hace veintidós años. Había viento, relámpagos, nieve, granizo y el mar daba miedo. Andábamos demasiado ligeros, y supondrán lo malo que era eso cuando teníamos, y se lo digo en serio, la borda aplastada y la cubierta inundada. La segunda noche, el lastre se desplazó hacia la proa, a sotavento, y para entonces la tormenta nos había empujado hasta algún lugar del Dogger Bank. No nos quedaba otra que bajar con palas y tratar de enderezar el barco. Y allí nos tenían, en aquella bodega enorme, oscura como una cueva: las lámparas oscilando en los baos, el temporal aullando sobre nuestras cabezas, el barco sacudiéndose como loco hacia un costado. Y allí estábamos todos, Jermyn, el pa-

trón, todos; casi no nos teníamos en pie, pero seguíamos enfrascados en esa tarea de enterradores, esforzándonos por palear la arena empapada a barlovento. Con cada tumbo del barco, veíamos, vagamente, bajo aquella luz tan débil, hombres que caían haciendo florituras con la pala. Uno de los niños (llevábamos dos), impresionado por lo extraño de la escena, lloraba como si fuera a partirse el corazón. Podíamos oírlo lloriquear en algún rincón oscuro.

»Al tercer día el temporal remitió y, al cabo de unas horas, un remolcador proveniente del norte nos recogió. ¡Tardamos dieciséis días entre Londres y el Tyne! Cuando llegamos a puerto habíamos perdido el turno de carga y nos llevaron a remolque a un muelle en el que tuvimos que permanecer un mes entero. La señora Beard (Beard era el nombre del patrón) llegó de Colchester para ver al viejo. Se quedó a vivir a bordo. La tripulación se había despedido, y sólo quedábamos los oficiales, un niño y el grumete, un mulato que respondía al nombre de Abraham. La señora Beard era una mujer mayor, rubicunda y llena de arrugas como una manzana en invierno, pero con el tipo de una jovencita. Me vio una vez cosiéndome un botón e insistió en arreglar mis camisas. No era así como se comportaban las mujeres de los capitanes de los clípers. Cuando le llevé las camisas, me dijo:

»—¿Y los calcetines? Habrá que remendarlos, estoy segura, y ya he puesto orden en las cosas de John..., del capitán Beard. Me gusta estar ocupada.

»Que dios la bendiga. Revisó toda mi ropa, lo que yo aproveché para leer por primera vez *Sartor Resartus*

y *Ride to Khiva*, de Burnaby.³ No comprendí bien la primera, pero recuerdo que en aquel entonces prefería el soldado al filósofo, una preferencia que la vida no ha hecho sino confirmar. El uno era un hombre, el otro era o más... o menos. Pero ambos están muertos, y también la señora Beard está muerta, y la juventud, la fuerza, el genio, las ideas, los logros, los corazones sencillos... Todo muere... Todo.

»Cargamos el barco por fin. Contratamos una tripulación. Ocho marineros muy capaces y dos niños. Preparados para zarpar, nos remolcaron una tarde hasta las boyas que marcaban la entrada de la dársena, con buenas perspectivas de iniciar la travesía al día siguiente. La señora Beard tenía previsto regresar a su casa en tren a última hora. Listo el barco, nos dispusimos a tomar el té. Apenas cruzamos palabra Mahon, el viejo matrimonio y yo. Terminé el primero y me escabullí para fumar; me alojaba en una camareta alta, justo a popa. Había pleamar y soplabla una brisa fresca con algo de lluvia; las puertas de la dársena estaban abiertas, y los carboneros de vapor, cuyas luces refulgían, entraban y salían en medio de la oscuridad con el estruendo de sus palas, el golpeteo de los cabrestantes y los saludos desde el extremo de los muelles. Yo observaba la procesión de luces de tope y de luces verdes que por arriba y por abajo centelleaban en la noche, cuando, de pronto, apareció un brillo rojo, se desvaneció, volvió a apa-

3. *Sartor Resartus* [El sastre sastreado] (1833-1834), de Thomas Carlyle, y *Ride to Khiva* [Viaje a Khiva] (1876), del viajero y soldado Frederick Gustavus Burnaby (1842-1885). (*N. del E.*)

recer y permaneció. La proa de un vapor que pasaba muy cerca.

»—¡Suban, rápido! —grité al camarote.

»Acto seguido oí una voz que exclamaba, con sorpresa, avisando:

»—Vamos directos hacia ese barco, señor.

»—De acuerdo —respondió una voz áspera.

»Y, a continuación, se produjo una colisión. El espejo de popa del vapor, que sobresalía, chocó con nuestro aparejo de proa. Hubo un momento de confusión, gritos y carreras. El vapor rugió. Luego alguien dijo:

»—Todo despejado, señor.

»—¿Están bien? —preguntó la voz áspera.

»Yo, que había corrido hasta la proa para comprobar los desperfectos, respondí:

»—Creo que sí.

»—Atrás poco a poco —ordenó la voz áspera.

»Se oyó una campana de aviso.

»—¿Qué barco es ése? —preguntó Mahon a gritos. En ese momento no era para nosotros más que una abultada sombra que maniobraba a poca distancia. Nos gritaron el nombre, un nombre de mujer: Miranda o Melissa, algo así.

»—Esto supone otro mes en este agujero infecto —me dijo Mahon, mientras examinábamos con unas lámparas los macarrones astillados y los refuerzos rotos—. Pero ¿dónde está el capitán?

»Todavía no lo habíamos visto ni escuchado. Volvimos a la popa a buscarlo.

»—¡Ah del *Judea*! —nos gritó con voz lastimera desde el agua.

»¿Cómo demonios había llegado hasta allí?

»—¡Eh! —respondimos.

»—Estoy al paio en nuestro bote, y sin remos —gritó.

»Un barquero rezagado nos ofreció sus servicios, y Mahon convino en pagarle media corona por remolcar a nuestro patrón. Fue la señora Beard quien primero subió por la escala. Llevaban casi una hora flotando en las aguas del puerto, bajo la llovizna. En mi vida me había llevado mayor sorpresa.

»Al parecer, cuando me oyó gritar «¡Suban, rápido!», el patrón comprendió de inmediato lo que ocurría, cogió a su esposa, cruzó la cubierta corriendo y se metió en el bote, que estaba atado a la escala. No estaba nada mal para un sexagenario. Imaginen al viejo truhán salvando heroicamente a la vieja, a la mujer de su vida. La dejó en el bote y se disponía a volver a bordo cuando, sin saber cómo, la amarra se soltó y los dos empezaron a alejarse. Por supuesto, en medio de la confusión, no oímos que nos llamaba. Parecía avergonzado. Ella dijo, alegremente:

»—Supongo que ahora da igual que haya perdido el tren.

»—Da igual, Jenny. Baja y abrígate, tienes que entrar en calor —gruñó el capitán, y se dirigió a nosotros—. Es lo que siempre digo: un hombre de mar no puede estar casado. Ahí estaba yo, fuera de mi barco. En fin, por esta vez no ha pasado nada. Vamos a ver qué nos ha hecho ese estúpido vapor.

»No gran cosa, pero nos retrasó otras tres semanas. Transcurrido ese tiempo, y como el capitán debía reunirse con los agentes, llevé la maleta de la señora Beard

a la estación y la acomodé en un vagón de tercera clase. Bajó la ventana para decirme:

»—Es usted un joven muy bueno. Si esta noche ve a John..., al capitán Beard, sin su bufanda, recuérdale que tiene que protegerse la garganta.

»—Desde luego, señora Beard —repuse yo.

»—Es usted un joven muy bueno. Le he comentado a John..., al capitán Beard, lo atento que es usted.

»El tren arrancó de repente. Me descubrí para despedirme de la señora Beard. No volví a verla... Páseme la botella.

»Zarpamos al día siguiente. Cuando salimos hacia Bangkok, llevábamos ya tres meses fuera de Londres. Según nuestras previsiones, no deberíamos haber empleado más que quince días.

»Estábamos en enero y el tiempo era maravilloso. En invierno, el tiempo soleado tiene más encanto que en verano porque resulta inesperado y vivificante y sabes que no puede durar mucho, que no durará mucho. Es como una sorpresa, como un regalo del cielo, como un golpe de suerte.

»Nos duró toda la travesía del mar del Norte, el paso del Canal; hasta que nos encontrábamos más o menos a trescientas millas al oeste de los Lizards; luego el viento giró hacia el sudoeste y empezó a arreciar. Al cabo de dos días teníamos encima un temporal. El *Judea*, al paio, se zarandeaba sobre el Atlántico como una caja de velas. El viento soplaba un día y otro día; soplaba con maldad, sin interrupción, sin piedad, sin descanso. El mundo no era sino una inmensidad de olas y espuma precipitándose sobre nosotros, con un

cielo tan bajo que podía tocarse con la mano y tan sucio como un techo manchado por el humo. En el espacio inclemente que nos rodeaba había tanta agua como aire. Día tras día y noche tras noche nada rodeaba al barco salvo el aullido del viento, el tumulto del mar, el ruido del agua que se vertía en cubierta. No había descanso para el barco ni descanso para nosotros. El *Judea* se agitaba, cabeceaba, se inclinaba sobre la proa, se apoyaba en la popa, se balanceaba, crujía, y nosotros teníamos que aguantar cuando estábamos en cubierta y agarrarnos a los catres cuando estábamos abajo, y el esfuerzo del cuerpo y la inquietud de la mente eran constantes.

»Una noche, Mahon se asomó para hablar conmigo al portillo de mi litera, que abrió justo sobre mi cama cuando yo estaba tumbado, insomne. No me había quitado las botas y tenía la sensación de que no había dormido hacía años y de que no podría hacerlo aunque lo intentara.

»—¿Tienes la sonda por ahí, Marlow? —me preguntó Mahon con nerviosismo—. No consigo que las bombas cojan agua. ¡Por Dios, que esto no es un juego!

»Le di la sonda y volví a echarme, intentando pensar en otra cosa, pero sólo podía pensar en las bombas. Cuando salí a cubierta, seguían con ello. Mi mirada se detuvo en las bombas. Gracias a la lámpara que habían subido a cubierta para consultar la sonda, vislumbré sus semblantes serios y circunspectos. Estuvimos achicando cuatro horas. Estuvimos achicando toda la noche, todo el día, toda la semana, guardia tras guardia. El barco aflojaba, y cada vez entraba más agua, no suficiente para